

## CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS

## TERCERA INSTRUCCION

## Motivos para socorrer a las almas del purgatorio.

- I. El deseo de Dios y de la Iglesia. — II. La necesidad de estas almas. — III. Nuestra propia ventaja.

El objeto principal de la solemnidad que celebrabamos ayer, era principalmente para atraernos los sufragios de los santos que están en el cielo, en cambio de los homenajes que les tributabamos. El objeto de la de hoy es, por el contrario, el de ofrecer á Dios nuestros propios sufragios en provecho de las almas del purgatorio. Asi, lo que los santos han hecho ayer por nosotros, rogando á Dios para que nos conceda las gracias que necesitamos, debemos hacerlo hoy por las almas que sufren en el purgatorio, pidiendo á Dios que se digne acordarlas el descanso por el cuál suspiran. Y porque pierduamos quizás no cumplir con este deber, sin embargo glorioso, mas que con poco celo, voy, para excitar vuestro piadoso ardor, á hablaros de los motivos que tenemos para socorrer á las almas del purgatorio. Cuáles son estos motivos? Hay tres que son: el deseo de Dios y de la Iglesia, la necesidad de estas almas, y nuestra propia ventaja.

cable locura del mundo y la dicha inmensa de pertenecer á la Iglesia católica. Cuentase cosas maravillosas de las virtudes de las personas que han tenido alguna vision de lo que pasa en el purgatorio. El temor y el amor las poseian y dominaban, y las entregaban á la accion inmediata de los atributos divinos. Asi vivian ellas aqui bajo, libres, puras, y muertas á todo lo que no es la verdadera vida, prontas á todo bien, hambrientas de meritos y prontas á los sufrimientos. Tales son los frutos principales de una devocion inteligente á las almas del purgatorio. (Ch. Gay. *De la vida y de las virtudes crist.* lib. 17. c. 2.

I. — *El deseo de Dios y de la Iglesia.* Si Dios es infinitamente bueno, es tambien infinitamente santo é infinitamente justo. Cuando muere un hombre en estado de gracia, pero que no há satisfecho todavia á la justicia, no puede évidentemente recibirle en el cielo, en dónde nada manchado puede entrar, puesto que es la mansion de la perfecta justicia. Qué hace Dios? Envia esta alma al purgatorio, á fin de que sea despojada, por la accion del fuego que se sufre, de todas las manchas que todavia hay en ella, y que expie, por los dolores que se sufre, las satisfacciones criminales que há gustado durante la vida, y de las cuáles no há hecho bastante penitencia cuándo todavia estaba unida á su cuerpo. Y no es solamente á su justicia, que quiere que todo mal sea reparado, que Dios debe el obrar así; es tambien á las almas que se encuentran en este estado, y á las cuales quiere dejar la gloria de pagar el cielo con la sola moneda que tienen á su disposicion, la moneda de los sufrimientos; por ultimo, lo debe á los mismos santos, en cuya compañía no convendria introducir almas menos perfectamente justificadas que ellos. Asi Dios, apesar de su omnipotencia, no puede admitir inmediatamente en el cielo las almas no estan bastante puras para entrar en él; no puede tampoco dulcificar las penas, que han merecido sufrir, ni abreviar la duracion.

Sin embargo, estas almas que Dios está obligado, en virtud de su justicia, á hacer pasar por sufrimientos más ó menos cruéles y más ó menos largos; estas almas, digo, él las ama, y muy tiernamente. Dios ama á estas almas tanto más tiernamente, cuánto que ellas mismas le aman con una suprema ternura, á despecho, ó mejor todavia á causa de los tormentos que ellas sufren, y en los cuáles adoran la obra de su justicia y de su misericordia. Pues la regla del amor en Dios es la misma que la que debe gobernar tambien nuestro amor. Y, segun esta regla, debemos amar tanto más á las criaturas cuánto más se aproximan á Dios. De ahí se sigue, que Dios ama á las almas del purgatorio más que á ninguna de las que están en la tierra, puesto que están tan cerca y tan unidas á él que no pueden ellas ya abandonarle, lo que no se puede decir de nadie,



por santo que sea, mientras que se está en este mundo.

Si Dios ama de tal suerte á las almas del purgatorio, no se podrá dudar que no quiera dulcificar y abreviar sus tormentos. Si, seguramente, él lo quiere, y es precisamente por esto que nos ha revelado el dogma de la reversibilidad de los meritos. Gracias á ella podemos lo que Dios no puede. Hémos dicho anteriormente que Dios no puede dulcificar ni abreviar por sí mismo las penas de las almas del purgatorio. Y, lo repito, lo que Dios no puede, nosotros lo podemos, por medio de la reversibilidad de los meritos. Nos basta para esto hacer buenas obras, y rogar á Dios que aplique los meritos á las almas del purgatorio. Que un hombre sea preso por deudas, el mismo juez no podrá hacerle salir más que cuándo habrá cumplido su tiempo. Pero si una persona generosa paga por él su deuda, al momento será su pena cancelada. Dios há puesto en nuestras manos el mismo poder de ayudar á las almas del purgatorio. Mediante buenas obras hechas en su nombre, podemos pagar á la justicia divina lo que ellas le deben, en todo ó en parte, y, por consiguiente, dulcificar su expiacion y abreviarlas <sup>1</sup>.

1. Yo no me asombro, en un sentido, que el cielo se descargue casi completamente sobre la tierra del cuidado de ayudar á este mundo purgante. La tierra há recibido para esto tantos poderes! Qué era, al lado del más insignificante de los cristianos, el poder de José en la casa del Faraon de Egipto? No es para distribuciones de granos, ni para cambios de tierra que son propuestos los hijos de la Iglesia. Todos son intendentés del rey Jesus y los distribuidores de sus tesoros. Tienen la ocupacion de distribuir sus sudores, sus lágrimas y su sangre. Cada cuál puede humedecer en esta sangre divina, no la extremidad de su dedo, cómo pedia el mal rico, sino toda la mano, y verter mucho más que gotas en estos fuegos de amor en dónde arden sus hermanos. Pueden enviar allí mil rayos de luz consoladores, hacer brillar dias divinos en estas sombras, aflojar las ligaduras de fuego y abrir las puertas que están cerradas. Es esa una de las prerrogativas esenciales y uno de los actos regulares de este sacerdo-

Ahora os pregunto: si Dios ama á las almas del purgatorio hasta este extremo de haber inventado esta combinacion y puesto en nuestras manos este poder, no pensais que es con el fin de que usémos de él? Evidentemente; sin esto, Dios se habria abstenido. El deseo de Dios es positivo. Desea vivamente vernos socorrer á las santas almas del purgatorio con nuestras oraciones y nuestras buenas obras, hechas á su intencion, para que su justicia sea satisfecha y

cio inicial que les está conferido en el Bautismo. Y para esto, qué tienen que hacer? Cuál es el punto de apoyo que sirve para levantar estos mundos? Y estas almas son más que mundos, y es hasta el seno de Dios que se trata de levantarlas! El punto de apoyo es la cruz de Jesus; sin ella nada se haria y seria tambien imposible; pero, para nosotros que vivimos de la virtud de esa cruz, cómo las ramas viven de la savia del tronco que las sostiene, qué es este punto de apoyo? Casi todo lo que queremos, el acto más facil de las cosas que cualquier cristiano puede hacer, desde la mañana á la noche, un acto de virtud, una mirada interior, un suspiro, un signo de la cruz, un bocado de pan sacrificado, una limosna y una contrariedad aceptada. Mucho más todavia: puede ser lo que hay en el mundo de más dulce, y es eso precisamente lo que vale más: por ejemplo una misa oída, la comunión recibida. Oh! alma, hija de Dios, sumérgete en las divinas delicias, y hé aqui que, para pagarte, Dios deshace esta montaña de penas bajo la cuál el que tu amas estaba aplastado. Oh! amor, oh! bondad del amor, oh! riqueza del sacrificio! Que es la luz brotando impetuosamente del sol para alumbrar nuestra atmosfera, al lado de estas emanaciones de compasion y de alivio que, del fondo de nuestros benditos santuarios y de nuestros corazones fervorosos, llenan y fertilizan sin cesar el purgatorio, y podrian inundarlo? Nada es tan rapido, nada es más seguro. Conocé, pues, vuestro poder; y porque siendo tan magnifico el ejercicio es sin embargo tan facil, usáde por estas preciosas almas. Usáde muy frecuentemente en favor de las más santas, que son más queridas de Dios; y la teología enseña que ellas sufren más que las otras. (Suarez. *De Purgator.* 46 sec. 1.) Usáde tambien frecuentemente por las más abandonadas, puesto que tienen un título á una piédad más viva y más activa (Ch. Gay. loc. cit.)



pueda abrirles, lo más pronto posible, las puertas de la eterna felicidad <sup>1</sup>.

Es necesario insistir sobre esta conclusión? y no nos bastará saber que Dios desea que nosotros asistamos á las almas del purgatorio, para hacernos un deber de asistirles? Cuándo una persona por la cuál tenemos respeto nos manifiesta un deseo, vacilamos un instante en cumplirlo cómo si fuera una orden? Obrémos, por consiguiente, con Dios, por lo menos, cómo obrámos con los hombres, y que su deseo de vernos asistir á las santas almas del purgatorio sea para nosotros tñ sagrado cómo sus más solemnes mandamientos.

La Iglesia tambien desea, hémos añadido, que asistamos á las almas del purgatorio. Este deseo es natural. Siendo la Iglesia el or-

1. Dios, que es el lugar de los espiritus, cómo el espacio es el lugar de los cuerpos, atrae, retiene y concentra en él, de todos los puntos de la inmensidad, cómo de todos los minutos del tiempo, las almas que le pertenecen, las unas en la gloria, las otras en el sufrimiento, y las demás en el combate. No es bastante que él nos permita, hay algo más, nos manda entrar en comunión no solamente con los santos que hémos conocido aquí bajo, y que habitan ó en el cielo ó en el purgatorio, sinó con todas las generaciones que hñn recrutado, desde el principio, del mundo, la ciudad de las pruebas ó la ciudad de los triunfos. El une incesantemente nuestra voluntad á la suya, pide nuestras manos para unir las á las suyas, atiende para escuchar si suplicamos por nuestros hermanos que sufren, busca alguien que le desarme, y mientras que la Iglesia triunfante le habla con el lenguaje de la alabanza en favor de estas almas desconsoladas, él espera que la Iglesia militante abogue por la misma causa con la oración. El es padre y está siempre dispuesto á perdonar, y no se asombra de que á fuerza de ruegos se le obligue á perdonar su deuda á nuestros hermanos; no solamente no se asombra, sinó que se queja de ello en las Escrituras: *Hé buscado, dice, hé buscado en el día de mi justicia alguien que la desarmase, y que por sus oraciones, levantase una muralla entre mis golpes y los culpables, y no lo hé encontrado.* Ezech. XIII, 5. (Besson, *Los misterios de la vida futura*, 12, confer.)

gano de Dios, no hace más que expresar y jecutar sus pensamientos. Segun esto, la Iglesia nos hace conocer su deseo relativamente á las almas del purgatorio, principalmente instituyendo indulgencias que nos propone ganar en su provecho. Nos lo hace ella conocer de una manera todavia más expecial, si se puede, hoy mismo, llamandonos á todos á la solemnidad que nos reúne en este momento. Pero hace más que invitarnos á rogar por las almas que sufren en el purgatorio: nos dá el ejemplo, rogando ella misma, por el organo de sus ministros, en todos sus oficios sin excepcion, por estas almas tñ queridas de Dios, y que, ademas, tienen tanta necesidad <sup>1</sup>. Es el segundo motivo que tenemos para socorrerlas:

1. Para determinarnos á implorar á Dios en favor de los difuntos, qué no hace la Iglesia! Sus oraciones, sus ceremonias, sus monumentos, todo nos persuade de que las almas del purgatorio están todavia con nosotros, á nuestro lado, en medio de nosotros, y que la muerte no há roto ninguno de los lazos que nos unian á ellas. Apenas uno de nuestros parientes há dado el ultimo suspiro, que la Iglesia extiende sobre su cuerpo la imagen del Dios crucificado, y que le hace descansar asi á la sombra de esta cruz de madera que há salvado al mundo. Convoa á todos alrededor de este cuerpo; moja un boj bendito en el agua que há sido santificada por la bendición del sacerdote; lo ofrece á cada fiél para rociar estos despojos, todavia huméantes, con esta fé que borra los pecados; conduce al pie de los altares los restos queridos de este hijo muy amado; los entierra en un sitio separado de la tierra profana; arroja sobre ellos los ultimos granos de polvo: señala con una inscripcion y con una cruz el lugar en dónde los deposita y los declara sagrados para siempre. Pero, á todos estos cuidados que la Iglesia dá al cuerpo, se mezclan atenciones más tiernas todavia para el alma, que há vuelto á Dios, y que está, segun toda apariencia, todavia detenida lejos de él por las expiaciones de la vida. Mirád el recinto en dónde acoje el resto mortal de sus hijos. La Iglesia lo cubre con paños sombríos, pero lo ilumina con innumerables antorchas; es la imagen del purgatorio, completamente iluminado por las claridades de la fé. El altar, la cruz, las santas reliquias, todo se cubre con un luto simbolico para grabar más profundamente en los espiritus esta funebre



II. — *La necesidad de estas almas.* — Sabemos en que estado se encuentran. En el momento de su separacion del cuerpo, les quedaba todavia, aunque estuviésen en estado de gracia, numerosas deudas que pagar á la justicia divina. No solamente no habian hecho una justa penitencia por los pecados mortales que habian confesado durante el tiempo de la prueba; no solamente tenian que expiar una cantidad innumerable de pecados veniales que apenas se habian censurado; sinó que no habian tampoco ofrecido á Dios ninguna satisfaccion por pecados más numerosos todavia, veniales y mortales, que habian olvidado completamente. — Sin embargo, en el tribunal de Dios, el libro de su vida está abierto, y las cuentas han sido arregladas con una exactitud rigorosa. Háse formulado una condenacion al purgatorio, en dónde tienen que sufrir, durante más ó menos tiempo, tormentos que exceden de mucho á todos los que se puede sufrir en este mundo.

Y es ése, sin duda alguna, un estado digno de la más profunda compasion. Si nos hacemos un deber el socorrer los infortunios que llegan á nuestra noticia; si nos creemos obligados á dar de comer y de beber á un pobre animal hambriento y sediento; si tenemos cuidado de regar una planta seca; si nos conmovemos tambien con los sufrimientos imaginarios de personajes de novela; cuánto más no debemos enternecernos con las penas demasiado reales, ay! de las almas del purgatorio! Porque estas almas son para nosotros, no diré más que un ser imaginario, una planta ó un animal abandonado, esto seria injurioso para ellas; sinó que son, para nosotros, más que nuestro projimo aqui bajo; son verdaderas hermanas que nos aman, héroinas salidas vencedoras del gran combate contra la serpiente infernal, esclavas queridas de Dios y seguras de gozar pronto de la gloria imagen. Despues de las ceremonias de los funerales, el servicio de cabo de año renovará el mismo pensamiento con el mismo aparato. Todo nos grita: Vuestros muertos os oyen, vuestros muertos os escuchan, vuestros muertos están siempre cerca de vosotros. (Besson. *Los misterios de la vida futura*, 12. confer.)

celestial. Por estos títulos y por otros muchos parecidos, no vemos cuán tiernos debemos ser por las necesidades de las almas del purgatorio, y cuánto ardor debemos tener por asistirles?

Pero lo que, en el estado de estas almas queridas, debe conmovernos todavia más que sus mismas necesidades, es la imposibilidad, en que ellas están de hacer nada para mejorar su suerte. Tán desgraciado cómo sea un hombre, mientras que puede entregarse á sus ocupaciones y obrar, puede esperar salir de los obstaculos, y la compasion que inspira es necesariamente moderada. Pero supónéd un hombre que carece de todo, y que no puede absolutamente hacer nada para procurarse lo que necesita: no es verdad que su estado es digno de lastima y de la última piédad? Pues bien, tál era el paralítico que no tenia á nadie para bajarle á la piscina<sup>1</sup>. Y en el estado de este enfermo, los santos doctores han visto precisamente una imagen del de las almas del purgatorio. Cómo este paralítico, en éfecto, las almas que yacen en el purgatorio no pueden nada para salvarse. Si son condenadas á diez, á cincuenta, á mil años de purgatorio, preciso será que ellas los hagan, si no viene nadie en su ayuda, haciendo, en su nombre, oraciones y buenas obras<sup>2</sup>. No hay en éso con que conmo-

1. Joan. v, 7.

2. Animæ purgatorii non sunt in statu satis faciendi proprie, sed satis patiendi (SUAREZ, *de Purgat.* disp. 3. s. 47; *de Pœnit.* sect. 2). — Animæ pœnas purgatorii summa patientia tolerant. Continuos quoque virtutum actus, præsertim charitatis, exercent; item actus fidei, quia nondum clare vident Deum; et spei, quia licet de Deo possidendo securæ, eum nondum possident. His tamen actibus non merentur, utpote in termino constitutæ (SCHOUPE, *Elem. theol. dogm.* tr. 19, c. 1, n. 105). — Comme le paralytique au bord de la piscine, elles sont complètement hors d'état de s'aider elles-mêmes. Elles ne peuvent ni faire pénitence, ni mériter, ni satisfaire, ni gagner d'indulgences. Elles sont privées des sacrements; elles n'ont point de sacramentaux, elles ne sont plus sous la juridiction miséricordieuse du Vicaire de Jésus-CHRIST. Si on ne les secourt, elles restent là, dénuées et incapables de



ver nuestros corazones, sobre todo si se considera con qué facilidad podemos asistirlos? Ah! si fuera necesario para éso éjercer penosos trabajos y sobrellevar grandes fatigas, no deberíamos vacilar un instante, puesto que el bien que procuraríamos á estas almas seria sin comparacion superior á las penas que habríamos sufrido. Pero nada parecido nos es pedido. Algunas oraciones, la asistencia á la santa misa, la recepcion de la santísima Eucaristia, algunas limosnas ú otras obras piadosas, hé aqui todo lo que es preciso para hacer menos ardientes las llamas del purgatorio. Y podríamos dejar de cumplir obras á la vez tán faciles y tán eficaces?

Si, no obstante, estos dos primeros motivos para asistir á las almas del purgatorio, el deseo de Dios y de la Iglesia, y la necesidad de estas almas, no hubiéran todavia conmovido nuestros corazones, hé aqui un tercero, al cuál serémos quizás más sensibles, y es que.

III. — *Nuestro propio interés* — nos hace un deber trabajar por su alivio y por su rescate.

No hay nada que pueda darnos ideas más saludables cómo la asistencia á las almas del purgatorio. Es imposible, en efecto, rogar por estas almas purgantes, sin pensar en la muerte, en la otra vida, en los juicios de Dios, en su justicia que castiga rigurosamente hasta las más pequeñas faltas. Pues bien, qué cosa más saludable cómo todos estos pensamientos? No son soberanamente propios para hacernos évitár el pecado, el mayor de todos los males, y mejor, el solo mal que existe? Que se trate de un pecado de orgullo, ó de un pecado de ambicion, ó de un pe-

tout, hormis de demeurer passivement livrés à ce fleuve de pleurs et de feu qui, dans son cours imperceptible, les entraîne peu à peu à l'océan du paradis (Ch. GAY, *De la vie et des vertus chrét.* liv. 17, 2<sup>e</sup> part.). — 1<sup>o</sup> Fideles defuncti sunt in purgatorio ut servi, qui catenas suas rumpere nequeunt. 2<sup>o</sup> Fideles defuncti sunt in purgatorio ut debitores, qui sua debita solvere non valent. 3<sup>o</sup> Fideles defuncti sunt in purgatorio ut exules, qui ad patriam suam ire non possunt (LASELVE, *Ann. apost. De fidelibus defunctis*, conc. 6).

cado de concupiscencia, qué sabor tendrá para cualquiera que piense en la muerte, en dónde todo acaba; en el juicio de Dios, en dónde es preciso dar cuenta de todo; en el purgatorio, en dónde se expia por castigos crueles y prolongados las menores desobediencias á la ley de Dios? No há dicho el Espiritu Santo: *Acordádos de vuestros ultimos momentos, y nunca pecaréis*<sup>1</sup>. Pues bien, lo repito, ocuparse del alivio de las almas del purgatorio, no es sostenerse en el pensamiento de los ultimos momentos de la vida? No es, por consiguiente, ponerse en la situacion más favorable para évitár el pecado? Y finalmente, la ocupacion que mejor nos hace aléjar del pecado, no es una ocupacion soberanamente saludable? Pues bien, tán es la del que trabaja por el alivio de las almas del purgatorio, y hé ahí cómo le es saludable, porque le és éminentemente ventajoso entregarse á ella<sup>2</sup>.

1. Eccli. vii. 40.

2. Cómo orar delante de un ataúd, sobre una sepultura, sin pensar en los ultimos momentos, y cómo pensar en ellos, sin formar santas resoluciones? Cómo oír decir á un muerto, al pobre cómo al rico, al humilde cómo al grande, al rey cómo al vasallo, delante de su sepulcro abierto: *Solum mihi superest sepulcrum*; no me queda más que un sepulcro, y no pensar que un día, muy pronto, es todo lo que nos quedará á nosotros mismos, y no despegarnos de los bienes de la tierra á presencia de semejante desenlace? Cómo repetir con un cadáver yá corrompido aunque apenas enfriado: « Hé dicho á la podredumbre: tu eres mi padre; y á los gusanos, vosotros sois mi madre y mi hermana: » *Putredini dixi: pater meus es; mater mea et soror mea, vermibus*; cómo confesar así la nada de nuestro cuerpo, y lisonjear sus gustos, sus pasiones y buscar sus placeres, y hacerle servir para acciones vergonzosas, y adornarlo cómo un idolo? Cómo hacer decir á una pobre alma del fondo del abismo: « Señor, yo os hé llamado, escuchád mi voz, no desatendáis mi suplica. Si consideráis nuestros pecados, quién os podrá contemplar? *De profundis clamavi ad te, Domine; Domine exaudi vocem meam*. Vos sois la misericordia, libertádme: *Libera me*; no os venguéis de mis iniquidades; hé pecado contra el cielo y contra vos, soy un hijo indigno, pero vos sois mi Padre, perdonádme:



Otra razon por la cuál nos es ventajoso asistir á las almas del purgatorio, es que haciendolo tenemos á Dios propicio y favorable. El que hace el bien dispone á los demás en su favor; pero por los

*Pater... pecavi me vindictam sumas.* Cómo formular tñ dolorosas supplicas, y no estar conmovido hasta el fondo del alma, y no convertirse? Con qué confianza las repetiréis para vosotros mismos en vuestro ataúd, si ahora que estais vivos, rehusais el perdon que os es ofrecido, si hasta el ultimo suspiro añadís iniquidades sobre iniquidades, sin nunca arrepentiros? Y despues, se puede contemplar sin estremecimiento este dia de colera y de venganza: *Dies iræ, dies illa;* este dia en que el soberano Juez hará oír su trueno hasta el fondo de los sepulcros, y llamará á los vivos y á los muertos á su presencia. El temor helará á todos que tendrán que responder. Porque el libro en dónde todo está escrito, estará abierto, y la inteligencia infinita de Dios leerá en él lo que quizás quisiérais ocultaros á vosotros mismos. Qué responderéis delante de vuestra conciencia al desnudo que os acusará? *Quid sum miser tunc dicturus?* Qué diréis entonces? Qué invocareis? Cuando se pronuncian oraciones semejantes con corazon, con fé, con un verdadero arrepentimiento, preciso es que se exclame, penetrado de compuncion: «Juez justo, compadecédos de mí, antes del dia de vuestros juicios.» Es necesario que aunque se gima cómo un culpable, que se pida perdon, que se confiese las faltas cómo penitente humilde, teniendo el corazon destrozado por la pena. La asistencia á los muertos no es menos saludable por las disposiciones que exige. Porque la oracion por los muertos no es cómo otras oraciones que los pecadores pueden hacer, para salir de sus pecados. Esta es un oracion satisfactoria que debe reparar la injuria hecha á Dios y salvar los derechos de su justicia y de su santidad. Y para que una oracion ó una buena obra cualquiera tenga merito, precisa que esté hecha por una persona que vive con Jesucristo, es decir, que esté en estado de gracia, ó sin pecado mortal. Los que ruegan por los muertos estando en pecado mortal, hacen una oracion sin merito y sin fruto para las almas del purgatorio. Porque, en este funesto estado, pecador que me escuchas, dice un gran orador cuyos pensamientos no puedo hacer mejor que seguir, en vano tributarás honores cristianos á estas almas, en vano rogarás é intercederás por ella; en vano, por

que el bienhechor és mejor visto, es por los que se interesan con el obligado y le aman. — Os arrojais al agua para salvar un niño que acaba de caer, y todos los espectadores os bendicen por vuestra accion. No habria nadie que, si teniendo entonces hambre pidiérais pan, rehusára daroslo. — Pero el padre y la madre del niño salvado de una muerte segura, qué sentimientos de reconocimiento no tendrian por vosotros, y qué no estarian dispuestos á hacer para séros utiles! Toda su fortuna la pondrian gustosos á vuestros pies. Pues bien, hé aqui almas verdaderamente caidas, no en un rio de agua limpia, sinó en

ellas, dais limosnas á los pobres; en vano practicais todo lo que el celo de una devocion particular os puede sugerir: estas almas purgantes no sacarán nunca de vosotros socorro alguno. Mientras que Dios os considere cómo enemigo suyo, estais incapacitados para aliviarlas; todas vuestras oraciones son rechazadas, todas vuestras limosnas perdidas, todos vuestros ayunos, todas vuestras penitencias de ningun éfecto satisfactorio. Porqué? Porque el pecado del cuál está cargada vuestra conciencia, destruye el merito de todas vuestras obras; y cómo seria posible que, lo que haceis, fuése de algun valor para estas santas almas, puesto que no es de ninguna virtud meritoria para vosotros mismos? Socorrer á un alma del purgatorio, es aplicarle el fruto de las buenas obras que se practica y cederselo. Si en el estado de pecado pudiérais aliviarla, seria necesario que, en este estado, vuestras buenas obras tuviesen delante de Dios algun merito. Luego, es de fé que no tienen ninguno, porque, sin la gracia y la caridad, son obras muertas, y no poseen el principio de la vida; y siendo muertas para vosotros que las practicais, debe asombrarse que lo séan todavía más para los que se pretende aplicarlas? — Yo no hablo aqui de la santa misa, cuyo merito no depende ni del ministro que la ofrece, ni del fiél que la hace ofrecer; sinó unicamente de Jesucristo, que siendo sacerdote y victima, intercede solo delante de su Padre por los vivos y los muertos. Pero es de la oracion que podéis y debéis hacer vosotros mismos por las almas del purgatorio que os hablo, y que os recomiendo cómo tñ saludable, cómo que exige que séais santos, ó que estéis animados de la gracia santificante para hacerla bien. (*Genin. Plat. dogm. sobre las principales fiestas.*)